

Ignoré las preguntas que había en los ojos del mozo de cuabras mientras bajaba el espantoso paquete y le dejaba mi caballo para que lo cepillara y alimentara. Mi capa no podía ocultar del todo la naturaleza de su contenido mientras me lo echaba por encima del hombro, dirigiéndome hacia la entrada posterior del palacio. El infierno pronto exigiría su paga.

Rodeé el área de ejercicios y me encaminé hacia el sendero que conducía hasta el extremo sur de los jardines de palacio. Había menos ojos por esa ruta. Me verían, pero resultaría mucho menos extraño que ir por la entrada principal, donde siempre hay demasiada gente. Maldición.

De nuevo, maldición. Me encontraba en posesión de un amplio espectro de problemas; y algunos parecían agrandarse. Supongo que era una especie de forma espiritual de interés compuesto.

Había unos pocos paseantes al lado de la fuente, en el extremo del jardín. También pasaba una pareja de guardias entre los arbustos cerca del sendero. Los guardias me vieron aproximarme, mantuvieron una breve discusión, y miraron hacia otro lado. Eran prudentes.

Después de una semana tenía todos los problemas pendientes de resolución y la corte de Ámbar llena de sospechas y desconcierto. Y, en ese momento, surgía algo que aún hacía más peligroso e infeliz el prerreinado de Corwin I... yo. Era hora de que hiciera lo que ya tendría que haber realizado. Pero, desde el principio, hubo tantas cosas que hacer... Tal como lo veía, nunca llegué a estar inactivo. Me había asignado prioridades que comencé a cumplir. Aunque en ese momento...

Atravesé el jardín, dejando las sombras y entrando en los oblicuos rayos del sol. Subí por la ancha y curva escalera. Un guardia se puso firme cuando entré en el palacio. Me dirigí hacia la escalera de atrás; luego, hasta el segundo piso. Luego al tercero.

Desde la derecha, mi hermano Random salió de su aposento al pasillo.  
—¡Corwin!—dijo, estudiando mi cara—. ¿Qué ocurre? Te vi desde el balcón y...

—Dentro —respondí, señalando con mis ojos—. Vamos a tener una conferencia privada. Ahora.

Dudó, observando el bulto que llevaba.

—Celebrémosla dos habitaciones más allá —comentó—. Vialle está aquí.

—De acuerdo.

Fue delante y abrió una puerta. Entré en la pequeña sala de estar, busqué un sitio adecuado y dejé caer el cuerpo.

Random miró el fardo.

—¿Qué se supone que debo hacer? —preguntó.

—Desenvolver el paquete —le contesté—, y echarle un vistazo.

Se arrodilló y desenrolló la capa. Luego volvió a colocarla como estaba.

—De acuerdo, está completamente muerto —observó—. ¿Cuál es el problema?

—No has mirado lo suficientemente cerca —le dije—. Levántale un párpado. Ábrele la boca y mira los dientes. Toca los espolones en el dorso de la mano. Cuenta las articulaciones de los dedos. Luego me explicas el problema.

Comenzó a hacerlo. Tan pronto como miró las manos, se detuvo y asintió.

—De acuerdo —dijo—. Recuerdo.

—Recuerda en voz alta.

—Ocurrió en la casa de Flora...

—Allí fue donde yo vi por primera vez a alguien parecido —interrumpí—. Aunque iban detrás tuyo. Nunca averigüé por qué.

—Correcto —dijo—. Nunca tuve la oportunidad de contártelo. No llegamos a estar juntos tanto tiempo. Es extraño... ¿de dónde surgió este?

Vacilé unos segundos, dudando en obligarle a contarme su historia o en contarle yo la mía. Se impuso la mía, ya que me afectaba a mí y era más inmediata. Suspiré, hundiéndome en una silla.

—Acabamos de perder a otro hermano —dije—. Caine está muerto. Llegué un poco tarde. Esa cosa lo hizo. La quería coger viva, por razones obvias, pero opuso bastante resistencia. No tuve mucha elección.

Silbó suavemente, sentándose en la silla que había frente a mí.

—Ya veo —dijo en voz baja.

Estudié su rostro. ¿Existía la más leve de las sonrisas esperando en las comisuras de su boca para unirse a la mía? Posiblemente.

—No —afirmé llanamente—. Si fuera de otra manera, me hubiera contentado con que dudarás bastante menos de mi inocencia. Te diré lo que realmente ocurrió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde está Caine?

—Bajo una capa de hierba, cerca de la Arboleda del Unicornio.

—Hasta aquí ya es bastante sospechoso —añadió—. O lo será para los otros.

Asentí.

—Lo sé. Aunque en el intervalo oculté el cuerpo. No podía traerlo conmigo y responder a todas las preguntas que surgirían. No mientras hubiera hechos importantes, en tu cabeza, que me aguardaran.

—De acuerdo —repitió—. No sé cuan importantes son, pero son tuyos. Mas no me dejes con la incógnita, ¿eh? ¿Cómo ocurrió esto?

—Justo después de comer —contesté—. Había comido con Gérard en el puerto. Luego, Benedict me subió a través de su Triunfo. De regreso en mis habitaciones, encontré una nota que, aparentemente, había sido pasada por debajo de la puerta. Me pedía un encuentro privado, por la tarde, en la Arboleda del Unicornio. Estaba firmada por «Caine».

—¿Tienes la nota todavía?

—Sí —la extraje del bolsillo y se la entregué—. Aquí tienes.

La estudió, sacudiendo la cabeza.

—No sé —dijo—. *Podría* ser su letra, aunque trazada con prisas, pero no creo que lo sea.

Me encogí de hombros. Recogí la nota, la doblé y volví a guardarla en el bolsillo.

—Sea lo que fuere, intenté ponerme en contacto con él por medio de su Triunfo, para ahorrarme el viaje. Pero no respondía. Pensé que, si era tan importante, se debía a que deseaba mantenerlo en secreto. Por lo que cogí un caballo y me puse en camino.

—¿Le dijiste a alguien a dónde te dirigías?

—A nadie. Pero sí decidí exigirle todo lo que pude al caballo, y me dirigí a la cita a toda prisa. No vi cuándo ocurrió, pero le vi yaciendo allí apenas entré en el bosque. Su cuello había sido cortado, y noté movimientos en los arbustos a cierta distancia. Le eché el caballo encima al sujeto, derribándolo; luché con él y tuve que matarlo. No mantuvimos ninguna conversación mientras esto ocurría.

—¿Estás seguro de haber matado al culpable?

—Tan seguro como lo estarías tú bajo tales circunstancias. Sus huellas conducían de vuelta hasta Caine. Tenía manchas de sangre fresca en sus ropas.

—Podrían haber sido de su propia sangre.

—Vuelve a mirar. No tiene ninguna herida. Le rompí el cuello. Justo en ese momento recordé dónde había visto tipos como este con anterioridad, por lo que inmediatamente te lo traje a ti. Pero antes de que me lo cuentes todo, hay algo más, con lo que acabo mi historia —Extraje una segunda nota y se la pasé—. La criatura la llevaba encima. Supongo que se la quitó a Caine.

Random la leyó, asintiendo, y me la volvió a dar.

—De ti, a Caine, pidiéndole que te encontrara allí. Sí, ya veo. No hace falta decir...

—No hace falta decirlo —acabé—. Y sí se parece mucho a mi escriturera... por lo menos a primera vista.

—Me pregunto qué hubiera ocurrido si tú hubieras llegado primero.

—Probablemente nada —dije—. Vivo y sospechoso... parece que es así como me querían. El truco estaba en que llegáramos en el orden adecuado, y tampoco me apresuré lo suficiente como para perderme lo que iba a suceder.

Asintió.

—Aceptando una planificación tan exacta —comentó—, tiene que tratarse de alguien que conozca bien la situación, tal vez del propio palacio. ¿Alguna idea?

Me reí entre dientes y cogí un cigarrillo. Lo encendí y me volví a reír.

—Acabo de regresar. Tú has estado aquí todo el tiempo —observé—. ¿Quién es el que me odia más estos días?

—Esa es una pregunta embarazosa, Corwin —declaró—. Todos tienen razones para culparte. Normalmente, mi candidato sería Julián. Solo que en este caso no tiene consistencia.

—¿Por qué no?

— Él y Caine se llevaban bien; desde hace años. Se protegían mutuamente, y pasaban gran parte de su tiempo juntos. Estaban muy unidos. Julián es frío y mezquino, y sigue tan desagradable como lo recuerdas, pero si alguien le gustaba, ese era Caine. No le creo capaz de lo que dices, ni siquiera para perjudicarte a ti. Después de todo, si eso era lo que quería, hubiera podido encontrar muchas otras maneras de hacerlo.

Suspiré.

—¿Quién es el siguiente?  
—No lo sé. Simplemente, no lo sé.  
—De acuerdo. ¿Qué clase de reacciones crees que provocará esto?  
—Estás en apuros, Corwin. Todo el mundo pensará que lo hiciste tú, sin importar lo que digas.

Asentí, señalé el cadáver. Random negó con la cabeza.

—Ese podría ser algún pobre bastardo que sacaste de la Sombra para cargarle con la culpa.

—Lo sé —dije—. Es gracioso... regresar a Ámbar de la manera en que lo hice, fue el momento ideal para quedarme en una posición de ventaja.

—Un tiempo perfecto —acordó Random—. Ni siquiera tuviste que matar a Eric para conseguir lo que querías. Fue un golpe de suerte.

—Sí. Sin embargo, no es ningún secreto que eso es lo que vine a hacer, y solo es una cuestión de tiempo que mis tropas —extranjeros, especialmente armados y acuartelados aquí— comiencen a provocar reacciones negativas. Hasta ahora, solo una amenaza externa me ha salvado de ello. Y también están las cosas de las que soy sospechoso de haber hecho antes de mi retorno... como matar a los cuidadores de Benedict. Y ahora esto...

—Sí —dijo Random—. Lo vi venir tan pronto como me lo dijiste. Cuando tú y Bleys atacasteis hace años, Gérard desplegó parte de la flota para que permaneciera fuera de tu camino. Caine, por el contrario, se enfrentó a

ti con sus naves y te obligó a retirarte. Ahora que ya no está, imagino que pondrás a Gérard a cargo de toda la flota.

—¿Y a quién más? Es el único hombre capacitado para el trabajo.

—Sin embargo...

—Sin embargo. Lo reconozco. Si tuviera que matar a alguien para fortalecer mi posición, Caine sería la elección lógica. Esa es la única y maldita verdad.

—¿Cómo te propones llevar este asunto?

—Diciéndole a todo el mundo lo que sucedió, intentando descubrir quién está detrás de esto. ¿Tienes alguna sugerencia mejor?

—He pensado en cómo te podría servir de coartada. Pero no encuentro nada adecuado.

Negué con la cabeza.

—Estás demasiado próximo a mí. No importa lo bien que lo planeemos, probablemente provocaría el efecto contrario.

—¿Has pensado en admitir que lo hiciste?

—Sí. Pero la defensa propia queda descartada. Con lagarganta cortada, debió tratarse de un ataque por sorpresa. Y no tengo el estómago suficiente para planear la alternativa de buscar alguna evidencia de que estaba maquinando algo sucio y decir que lo hice por el bien de Ámbar. Me niego rotundamente a fingir que soy culpable bajo esos términos. De esa manera, también acabaría apestando.

—Pero con una fama real de tipo duro.

—No es esa la clase de dureza que deseo para el espectáculo que quiero montar. No, eso queda descartado.

—Eso abarca todo, entonces... o casi.

—¿Qué quieres decir con «o casi».

Se estudió la uña del dedo pulgar izquierdo entrecerrando los ojos.

—Bueno, se me ocurre que si hay alguien más al que desees quitar del cuadro, este es el momento de considerar que cualquier sospecha puede ser manipulada.

Pensé en ello y acabé mi cigarrillo.

—No está mal —dije—, pero en este momento no puedo perder a ningún otro hermano. Ni siquiera a Julián. Además es hacia él al que menos se le pueden volcar las sospechas.

—No tiene por qué ser de la familia —dijo—. Hay un montón de nobles amberitas por ahí con posibles motivos. Fíjate en Sir Reginald...

—¡Olvídalo, Random! Este plan también queda descartado.

—De acuerdo. Entonces ya he agotado mis pequeñas células grises.

—Espero que no aquellas que están a cargo de la memoria.

—Muy bien.

Suspiró, estirándose. Se puso de pie, pasó por encima del otro ocupante de la habitación, y se acercó a la ventana. Apartando las cortinas, miró fuera durante un rato.

—Muy bien —repitió—. Hay mucho que contar...

Entonces recordó en voz alta.

Mientras que el sexo encabeza muchas listas, todos tenemos otras cosas que nos gusta hacer cuando no lo practicamos. En mi caso, Corwin, hablo de tocar la batería, volar, y el juego... sin ningún orden en especial. Bueno, tal vez el deslizarme por el aire tenga una cierta ventaja —en planeadores, en globos, y otras variaciones—, pero mi estado de ánimo también influye bastante, ¿sabes? Quiero decir que, si me lo preguntas en otro momento, puede que diga alguna de las otras cosas. Depende de lo que más desee en ese momento.

De cualquier manera, hace unos años yo me encontraba aquí, en Ámbar, sin nada especial que hacer. Solo estaba de visita, molestando a todo el mundo. Papá todavía no había desaparecido, y cuando me di cuenta de que pronto tendría uno de sus estados de ánimo coléricos, decidí que ya había llegado el momento de marcharme. Por un largo tiempo. A menudo me había dado cuenta de que su cariño por mí se incrementaba en función inversa a mi proximidad. Cuando le dije que me marchaba, me dio una preciosa fusta como regalo de despedida, supongo que para mostrarme su afecto. Pero era una fusta muy bonita —engastada en plata y bellamente trabajada—, y yo la utilicé bien. Había decidido ir en busca de un sitio donde todos mis sencillos placeres estuvieran reunidos en un solo rincón de Sombra.

Fue un largo viaje —no te aburriré con los detalles—, hacia un lugar bastante alejado de Ámbar. Esta vez no buscaba un sitio donde yo fuera especialmente importante.

Eso se puede volver muy aburrido o complicado demasiado deprisa, dependiendo de lo responsable que desees ser. Yo sólo quería permanecer en el anonimato y simplemente divertirme.

Texorami era una ciudad portuaria abierta, con sofocantes días y largas noches, buena música, juego durante las veinticuatro horas, duelos cada mañana y sangrientas peleas en los intervalos para todos

aquellos que no podían esperar. Y las corrientes aéreas eran fabulosas. Tenía un pequeño planeador con una vela roja con el que solía hacer *surfaéreo* cada dos días. Esa era la buena vida. Tocaba la batería a todas horas en un pequeño sótano río arriba, donde las paredes sudaban casi tanto como los clientes, y donde el humo solía danzar alrededor de las luces como ríos de leche. Cuando terminaba de tocar, iba en busca de algo de acción, usualmente mujeres o cartas. Y a ello me dedicaba el resto de la noche. ¡Maldito Eric! Esto me recuerda lo que ocurrió una vez... En una ocasión me acusó de hacer trampas con las cartas, ¿lo sabías? Y es lo único en lo que no haría trampas. Cuando juego a las cartas, lo hago seriamente. Soy bueno y también tengo suerte. Eric no era lo uno ni tenía lo otro. Su problema es que era bueno en tantas cosas, que ni siquiera se hubiera reconocido a sí mismo que había algunas cosas que otra gente podría hacer mejor que él. Si continuamente le ganabas en algo, tenías que estar haciendo trampas. Una noche, inicié una desagradable pelea sobre ello —podría haber sido seria—, pero Gérard y Caine la pararon. Hay que concederle eso a Caine. Se puso de mi lado esa vez. Pobre hombre... Una asquerosa manera de desaparecer... Su garganta... Bueno, continuando, allí estaba yo en Texorami, haciendo música y con mujeres, ganando a las cartas y cabalgando el cielo. Palmeras y flores que florecían por la noche; con un montón de buenos olores portuarios —especias, café, alquitrán, sal—, ya sabes. Gente agradable, mercaderes y peones... la misma gente corriente que hay en la mayoría de los lugares. Marineros y todo tipo de viajeros entrando y saliendo. Gente como yo, viviendo en el mismo borde de las cosas. Pasé casi dos años en Texorami, y fui feliz.

No mantuve mucho contacto con los otros. Apenas saludos de postal a través de los Triunfos muy de vez en cuando, y eso era todo. Ámbar estaba bastante alejada de mi mente. Todo esto cambió una noche, cuando estaba allí sentado, con una escalera en la mano, y el tipo que había enfrente mío tratando de decidir si era un farol o no.

La Jota de Diamantes comenzó a hablarme.

Sí, es así como empezó. De todas formas, yo me encontraba en un estado mental bastante raro. Acababa de finalizar unas actuaciones bastante calientes y todavía me encontraba un poco colgado. También estaba muy agotado después de haber volado todo el día, habiendo dormido muy poco la noche anterior. Luego pensé que era nuestro contacto mental, asociado a los Triunfos, lo que me hizo verlo de esa manera cuando alguien intentó ponerse en contacto conmigo y yo tenía

cartas en la mano... sin importar qué clase de cartas fueran. Normalmente, nosotros recibimos el mensaje cuando tenemos las manos vacías, a no ser que seamos los que llamamos. Pudo haber sido que mi subconsciente —que en ese momento estaba bastante desperdigado— simplemente se agarró, por costumbre, al punto de apoyo disponible en ese momento. Sin embargo, más tarde tuve la ocasión de dudar. De verdad, no lo sé.

La Jota dijo: «Random». Entonces la cara se puso borrosa y dijo: «Ayúdame». Por ese entonces, yo ya había comenzado a sospechar quién era el que llamaba, pero la llamada era muy débil. Todo era muy débil. Entonces la cara se transformó y vi que estaba en lo cierto. Era Brand. Tenía un aspecto horrible, y parecía estar encadenado o atado a algo. «Ayúdame», dijo de nuevo.

—Estoy aquí —comenté—, ¿qué ocurre?

—... prisionero —dijo, y algo más que no pude entender.

—¿Dónde? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No puedo traerte —dijo—. No tengo Triunfos, y estoy muy débil. Tendrás que venir por el camino más largo...

No le pregunté cómo se estaba comunicando conmigo sin mi Triunfo. Averiguar dónde se encontraba parecía ser lo más importante. Le pregunté cómo podía localizarlo.

—Observa bien —respondió—. Recuerda cada detalle. Tal vez solo pueda mostrártelo una vez. Ven armado...

Entonces vi el paisaje... por encima de su hombro, a través de una ventana, más allá de una almena. No estoy seguro. Era un lugar muy alejado de Ámbar, en algún sitio donde las sombras enloquecen. Más lejos de lo que me gustaría ir. Era horrible, con los colores cambiando continuamente. Un día sin un sol en el cielo, con rocas deslizándose como planeadores a través de la tierra. Brand estaba allí, en una especie de torre: un pequeño punto de estabilidad en aquel escenario cambiante. Lo recordé todo, perfectamente. Y recordé al ser enroscado alrededor de la base de la torre. Brillante. Prismático. Parecía ser una especie de cosa que vigilaba... demasiado brillante para que yo pudiera distinguir su contorno, para que pudiera adivinar su verdadero tamaño. En ese momento todo desapareció. Inmediatamente. Y allí estaba yo, mirando otra vez la Jota de Diamantes, con el tipo enfrente mío sin saber si volverse loco por mi largo trance o estar preocupado de que me hubiera dado una especie de ataque.

Después de acabar esa mano, dejé de jugar y me marché a casa. Me tendí sobre la cama, fumando y pensando. Cuando yo me marché, Brand todavía estaba en Ámbar. Pero más tarde, cuando pregunté por él, nadie tenía idea de su paradero. Había estado sufriendo uno de sus ataques de melancolía, y un buen día se le pasó y se marchó. Y eso fue todo. Tampoco hubo ningún mensaje... de ninguna de las partes. No contestaba ni hablaba.

Traté de dilucidar todos los ángulos. Él era inteligente, muy inteligente. Posiblemente la mejor mente de la familia. Se encontraba en problemas y me había llamado. Eric y Gérard eran más del tipo heroico, y probablemente les hubiera encantado la aventura. Creo que Caine hubiera ido solo por curiosidad; Julián, únicamente por quedar mejor que los demás y por anotarse algunos puntos con Papá. O, lo más fácil de todo, Brand podría haber llamado a Papá. Él hubiera hecho algo. Pero me había llamado a mí. ¿Por qué?

Entonces se me ocurrió que quizá uno o más de los otros eran los responsables de sus actuales circunstancias. Supongamos que, por ejemplo, Papá se estuviera volcando hacia él... Bueno, ya sabes. Elimina lo positivo. Y si hubiera llamado a Papá, habría quedado como un debilucho.

Así que acallé mi impulso de pedir refuerzos. Me había llamado a mí, y existía la fuerte posibilidad de que yo fuera el culpable de que le cortaran el cuello si dejaba que alguien en Ámbar supiera que había podido enviar un mensaje. De acuerdo. ¿Qué ganaba yo con ello?

Si estaba de por medio la sucesión y él se había convertido de verdad en el favorito, pensé que podría hacer cualquier cosa menos dejar que me recordara por esto. Y si no lo era... Había muchas otras posibilidades. Tal vez había descubierto alguna trama rara en casa, algo que podría ser bueno conocer. Incluso tenía curiosidad por saber los medios que había utilizado para comunicarse sin los Triunfos. Así que fue curiosidad, me dije, lo que me decidió a ir solo y tratar de rescatarlo.

Desempolvé mis propios Triunfos e intenté llegar hasta él de nuevo. Como se podía esperar, no hubo respuesta. Entonces me sumergí en un profundo sueño que duró toda la noche, y lo volví a intentar por la mañana una vez más. Otra vez, nada. Muy bien, no tenía ningún sentido seguir esperando.

Limpié mi espada, comí una suculenta comida, y me vestí con mi ropa de batalla. También cogí un par de gafas oscuras y de cristales polarizados. No sabía cómo funcionarían allí, pero esa cosa vigilante era terriblemente brillante... y nunca está de más llevar cualquier cosa extra que se te ocurra. Por eso mismo también cogí una pistola. Tenía la impresión de

que sería inútil, y tuve razón. Pero, como ya he dicho, nunca se sabe hasta que lo intentas.

La única persona de la que me despedí fue otro batería, ya que me acerqué para darle mis tambores antes de marcharme. Sabía que los cuidaría bien.

Entonces bajé hasta el hangar, preparé el planeador, me elevé y cogí una corriente de aire adecuada. Parecía la manera correcta de hacerlo.

No sé si tú has planeado alguna vez a través de la Sombra, pero... ¿no? Bueno, me dirigí directamente hacia el mar hasta que la tierra solo fue una línea borrosa hacia el norte. Luego las aguas se volvieron de color cobalto debajo mío, alzándose y sacudiendo centelleantes barbas. El viento cambió, y yo giré. Me dirigí con las olas hacia la playa, bajo un cielo que se oscurecía. Cuando volví a la boca del río, Texorami ya había desaparecido, emplazada por millas de pantano. Planeé en las corrientes hacia el interior, cruzando y recruzando el río en nuevos giros que había ido adquiriendo. Habían desaparecido los embarcaderos, los senderos, el tráfico. Los árboles eran altos.

Las nubes, de color rosa, perla y amarillo, se agrupaban en el oeste. El sol iba de una fase naranja hasta el

rojo y luego hasta el amarillo. ¿Sacudes la cabeza? Es que el sol era el precio de las ciudades. Teniendo prisa, quito la población... o, más bien, voy por la ruta elemental. A esa altura, los aparatos hubieran sido una distracción. Dar textura a la Sombra se convierte en todo para mí. Eso es lo que te quería dar a entender cuando te dije que ir planeando es un poco diferente.

Bueno, continué hacia el oeste hasta que los bosques dieron lugar a una superficie verde, que rápidamente se desvaneció, dispersada, cambiando a color marrón, alquitrán, amarillo. Ligera y desmenuzable, con manchas irregulares. El precio de eso fue una tormenta. La navegué tanto como pude, hasta que los rayos se aproximaron demasiado a mí y tuve miedo de que las ráfagas de viento resultaran excesivamente fuertes para mi pequeño planeador. Entonces la hice desaparecer rápidamente, pero como resultado conseguí otro paisaje verde debajo. Sin embargo, saqué el planeador de la tormenta con un sol amarillo sólido y brillante a mi espalda. Después de un tiempo, hice que el paisaje se volviera nuevamente desértico debajo mío, severo y ondulante.

Entonces el sol se encogió y filamentos de nube cruzaron su faz, borrándolo poco a poco. Ese fue el atajo que me llevó más lejos de Ámbar de lo que jamás había estado.

Luego no hubo sol; sin embargo, la luz permaneció igual de brillante aunque ahora extraña, sin dirección. Engañaba a mis ojos, eliminaba la perspectiva. Bajé más, limitando mi alcance de visión. Pronto aparecieron a la vista grandes rocas, y luché por las formas que recordaba. Gradualmente, éstas aparecieron.

El efecto de distorsión y fluidez era más fácil de conseguir bajo estas condiciones, pero realizarlo era físicamente desconcertante. Incluso me hacía más difícil juzgar mi efectividad pilotando el planeador. Había descendido más de lo que creía y casi choqué con una de las rocas. Hasta que por fin se alzó el humo y las llamas danzaron a mi alrededor como las recordaba... de acuerdo a ningún esquema en particular, simplemente surgiendo aquí y allí de grietas, agujeros, entradas de cuevas. Los colores comenzaron a comportarse extrañamente, tal como recordaba de mi breve visión. Luego aparecieron las rocas en movimiento... a la deriva, navegando como botes sin timón en un lugar donde chocan con los arco iris.

Por ese entonces, las corrientes aéreas se habían vuelto locas. Un viento ascendente detrás de otro, como fuentes continuas. Luché contra ellas lo mejor que pude, pero supe que no podría mantener las cosas intactas mucho más tiempo a esa altitud. Me elevé a una distancia considerable, olvidándome de todo por un rato mientras intentaba estabilizar el planeador. Cuando volví a mirar abajo, fue como observar una regata de icebergs. Las rocas se deslizaban por los alrededores, chocando, retrocediendo, volviendo a chocar, girando, trazando arcos en los espacios abiertos, atravesándose mutuamente. Entonces recibí de lleno una ráfaga de viento, obligándome a descender, a subir... y vi que un puntal había cedido. En ese momento le di a las sombras el último empujón, y volví a mirar. La torre apareció en la distancia, con algo más brillante que el hielo o el aluminio estacionado en su base.

Aquel último empujón lo había conseguido. Me dicuenta de ello justo en el momento de sentir que los vientos comenzaban a interpretar una pieza desagradable. En ese instante se rompieron varios cables y comencé a caer... era como navegar por una catarata. Conseguí alzar el morro del planeador, vi hacia dónde nos dirigíamos y salté en el último momento. El pobre planeador fue pulverizado por uno de esos patéticos monolitos. Me sentía peor por el planeador que por los arañazos, contusiones y golpes recibidos.

Pero tuve que ponerme rápidamente en movimiento, ya que una colina se dirigía a toda velocidad hacia mí. Los dos giramos, afortunada-

mente en direcciones diferentes. No tenía la más mínima idea de cuál podía ser su fuerza motriz, y al principio no pude distinguir ningún esquema en sus movimientos. El suelo variaba de cálido a extremadamente caliente bajo mis pies, y junto con el humo y los ocasionales chorros de fuego, había escapes de un asqueroso gas de numerosas aberturas en el suelo. Me apresuré hacia la torre, siguiendo un curso necesariamente irregular.

Me llevó un buen rato cubrir esa distancia. Cuánto, no estoy seguro, ya que no tenía manera de medir el paso del tiempo. Aunque por aquel entonces comencé a darme cuenta de algunas regularidades interesantes. Primero, las piedras más grandes se movían a mayor velocidad que las pequeñas. Segundo, parecían estar en órbita las unas de las otras en algún lugar: ciclos dentro de ciclos dentro de ciclos, las más grandes alrededor de las más pequeñas, ninguna inmóvil jamás. Tal vez la principal fuente de movimiento era una mota de polvo o una sola molécula. Yo no tenía ni tiempo ni ganas de dedicarle mi atención para determinar el centro del asunto. Pero con esto en mente pude observar lo suficiente, mientras me movía, para anticipar gran parte de sus choques.

Ahora bien, fuera cual fuere la razón, las rocas evitaban la torre. Ésta parecía estar situada sobre una colina, pero al aproximarme me di cuenta de que sería más correcto decir que las rocas habían excavado una enorme cuenca a poca distancia. Sin embargo, desde el lado en que me encontraba no podía decir si el efecto era el de una isla o el de una península.

Me lancé a través del humo y los escombros, evitando los chorros de llamas que salían de las grietas y los agujeros. Finalmente, trepé por la pendiente, alejándome del camino principal. Entonces, durante unos instantes, me agarré a un punto justo debajo de cualquier línea de visión desde la torre. Revisé mis armas, controlé mi respiración, y me puse las gafas. Todo listo: de un salto llegué a la cima, donde permanecí agachado.

Sí, las gafas funcionaban. Y sí, la bestia esperaba.

Daba espanto verla, ya que en algunos aspectos era casi hermosa. Tenía el cuerpo de una serpiente, tan grande en su centro como un barril, con una enorme cabeza con forma de martillo sacaclavos, pero un poco ahusada en la parte del hocico. Los ojos eran de un verde muy pálido. Y era tan transparente como el cristal, con líneas muy finas que parecían indicar escamas. Fuera lo que fuese lo que fluía por sus venas, también era bastante transparente. Podías mirarla directa-

mente y ver sus órganos... opacos o nebulosos, sea cual fuere el caso. Casi podías perder la concentración viendo cómo funcionaba ese bicho. Y tenía una crin densa, como cerdas de cristal, en torno a la cabeza y cubriéndole el cuello. Su movimiento al verme (alzó esa cabeza, adelantándola) fue como el fluir del agua... parecía agua viva, un río sin lecho y sin bancos. Sin embargo, lo que casi me congeló, fue que pude ver dentro de su estómago. Había un hombre parcialmente digerido allí.

Alcé la pistola, apunté al ojo más cercano y apreté el gatillo.

Ya te dije que no funcionó. Así que la arrojé a un lado, di un salto a mi izquierda y me lancé sobre el lado derecho de la bestia, apuntando directamente al ojo con mi espada.

Sabes lo difícil que es matar reptiles de ese tamaño. Inmediatamente decidí tratar de dejarla ciega, cortándole la lengua como primera medida. Una vez hecho esto, como soy bastante rápido con los pies, quizá tuviera posibilidades de golpearla repetidamente en la cabeza hasta cercenársela. También esperaba que se encontrara un poco pesada, ya que aún estaba haciendo la digestión.

Si entonces estaba pesada, me alegré de no haber llegado antes. Apartó la cabeza fuera de la trayectoria de mi espada, y me lanzó un golpe mientras yo recuperaba el equilibrio. Su hocico pasó por mi pecho, y fue como si hubiera recibido de lleno un martillazo.

Me tiró al suelo completamente extendido.

Continué rodando para mantenerme fuera de su alcance, deteniéndome al borde mismo del terraplén. Me puse de pie mientras se desenroscaba, arrastrando un montón de peso en mi dirección; entonces se alzó y preparó su cabeza otra vez, a unos cinco metros por encima de mí.

Sé con maldita seguridad que Gérard hubiera elegido ese momento para atacar. El gran bastardo hubiera avanzado con esa monstruosa espada que tiene y hubiera cortado en dos a la cosa. Entonces probablemente se hubiera derrumbado encima de él, llena de espasmos, y él hubiera salido solo con unas pocas magulladuras. Tal vez sangrando por la nariz. Benedict no habría fallado el golpe al ojo. Tendría uno en cada bolsillo y estaría jugando al fútbol con la cabeza mientras componía una nota al pie para Clausewitz. Pero ellos son los tipos verdaderos de héroes. Yo, simplemente permanecía allí de pie manteniendo la punta de mi espada hacia arriba, con las dos manos en la empuñadura, los codos en mis caderas, y la cabeza tan apartada de su camino como me era posible.

Hubiera preferido salir corriendo y dar por terminado el trabajo. Solo que sabía que si lo intentaba, esa cabeza me hubiera caído encima, aplastándome.

Los gritos que provenían del interior de la torre me indicaban que había sido visto, pero no pensaba apartar los ojos de la cosa para ver qué era lo que ocurría. Entonces comencé a maldecir a la bestia. Quería que lanzara su golpe y acabar con el asunto, de una u otra manera.

Cuando por fin lo hizo, aparté mis pies y giré el cuerpo, colocando la punta de la espada en línea con mi blanco.

Mi lado izquierdo quedó parcialmente entumecido por el golpe, y me sentía como si me hubieran clavado treinta centímetros en el suelo. No sé cómo, pero pude permanecer de pie. Sí, lo había hecho todo a la perfección. La maniobra salió exactamente como yo esperaba.

Salvo por parte de la bestia.

No cooperaba, ya que no emitía ningún espasmo de muerte.

De hecho, empezaba a alzarse.

También se llevó mi espada con ella. La empuñadura sobresalía de la cuenca de su ojo izquierdo, y la punta salía como otra cerda entre la crin en la parte de atrás de su cabeza. Tenía la sensación de que el grupo de ataque estaba perdido.

En ese momento comenzaron a aparecer figuras —lenta, precavidamente— de una abertura en la base de la torre. Estaban armadas y tenían un aspecto desagradable; tuve el presentimiento de que no estaban de mi lado.

De acuerdo, sé cuándo es el momento de dejarlo y esperar una mejor racha otro día.

—¡Brand! —grité—. ¡Soy Random! ¡No puedo llegar hasta ti! ¡Lo siento!

Entonces di media vuelta y corrí, saltando por encima del borde hasta el lugar donde las rocas hacían esas cosas tan raras. Me pregunté si había elegido el mejor momento para descender.

Como tantas cosas, la respuesta era sí y no.

No era el tipo de salto que, por muchas razones, me gustaría hacer, salvo por las que ahora me obligaban a ello. Aterricé vivo, pero eso era lo único que se podía decir. Estaba aturdido, y durante un buen rato pensé que me había roto el tobillo.

Lo que me obligó a ponerme en movimiento otra vez, fue un crujido que venía desde arriba y la sacudida de la grava a mi alrededor. Cuando

me reajusté las gafas y miré hacia arriba, vi que la bestia había decidido descender y acabar el trabajo.

Se deslizaba por la pendiente, arrastrando su cuerpo fantasmal, con la zona de su cabeza oscurecida y opaca por los efectos de mi espada.

Me senté. Logré ponerme de rodillas. Me toqué el tobillo, descubriendo que no podía usarlo. Y tampoco había nada a mi alrededor que me sirviera como muleta. Muy bien. Entonces me arrastré. Lejos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ganar todo el terreno que pudiera y pensar a toda velocidad mientras lo hacía.

La salvación era una roca... una de las más pequeñas, de las más lentas, solo del tamaño de una camioneta en marcha. Cuando vi que se aproximaba se me ocurrió que, si podía subirme a ella, tendría un medio de transporte. También quizá un poco de seguridad. Las que eran realmente grandes y más rápidas, parecían ser las que recibían la mayor parte del castigo.

Con esto en mente, observé a las grandes que venían con la mía, calculé sus senderos y velocidades, traté de medir el movimiento de todo el sistema, y me apresté al esfuerzo para cuando llegara el momento. También escuchaba a la bestia aproximándose, oía los gritos de las tropas desde el borde del risco, y me pregunté si alguien ahí arriba me daba alguna posibilidad, y cuál podría ser ésta.

Cuando llegó el momento, me lancé. Dejé atrás la primera roca grande sin ningún problema, pero tuve que esperar a que pasara la siguiente. Me atreví a cruzar el camino de la última. Tenía que hacerlo, si quería llegar a tiempo.

Llegué al punto adecuado en el momento preciso, me agarré de los asideros que había estado viendo, y fui arrastrado unos seis metros antes de que pudiera alzarme del suelo. Entonces me lancé a su incómoda superficie, me tumbé y mira atrás.

Había estado cerca. Y todavía lo estaba, ya que la bestia me perseguía, con su ojo bueno observando las grandes rocas.

Desde arriba escuché un alarido de decepción. Entonces los tipos comenzaron a bajar por la pendiente, gritando lo que yo creí eran gritos de aliento a la criatura. Comencé a darme masajes en el tobillo. Traté de relajarme. La bestia logró atravesar la primera gran roca, pasando por detrás, cuando ésta completaba su primera órbita.

¿Cuánto podría alejarme por la Sombra antes de que me alcanzara?, me pregunté. Cierto, había un movimiento constante, un cambio en las texturas...

La cosa esperó a la segunda roca, se escurrió detrás de ella, y me persiguió otra vez, acercándose.

*¡Sombra, Sombra, en el ala...*

Los hombres por ese entonces estaban en la base de la pendiente. La bestia esperaba la apertura —que sería la próxima vez— para entrar en el satélite interior. Sabía que podía alzarse lo suficiente como para atraparame en mi posición elevada.

*...cobra vida y aplasta a la criatura!*

Girando y deslizándome, cogí en mis manos el material de la Sombra, hundiéndome en la sensación que emanaba de ella, y trabajé con las texturas de lo posible a lo probable y a lo real, sintiendo que se aproximaba con el más ligero de los giros; entonces le di ese estímulo necesario en el momento adecuado...

Por supuesto, apareció por el lado ciego de la bestia. Era una enorme mole de roca que se acercaba casi fuera de control...

Hubiera sido más elegante aplastarla entre dos rocas. Sin embargo, no tenía tiempo para finezas. Simplemente hice que le pasara por encima y la dejé allí, sacudiéndose en el tráfico de granito.

Pero momentos después, inexplicablemente, el aplastado y enredado cuerpo se alzó repentinamente por encima del suelo y se alejó hacia el cielo, retorciéndose. Continuó alejándose, sacudido por los vientos, haciéndose más pequeño, más pequeño, desapareciendo.

Mi propia roca me alejaba de allí, lenta, continuamente. Todo el esquema estaba a la deriva. Los tipos de la torre en ese momento se agruparon y decidieron perseguirme. Se apartaron de la base de la pendiente, abriéndose camino a través de la llanura. Pero algo me decía que esto no presentaba ningún problema. Yo cabalgaría mi montura rocosa a través de la Sombra, dejándolos a mundos de distancia. Este era, de lejos, el curso de acción más fácil que se me abría. Sin duda, atacarlos por sorpresa hubiera sido bastante más difícil que hacerlo con la bestia. Después de todo, esta era su tierra y estaban en mejores condiciones físicas que yo.

Me quité las gafas y tanteé otra vez mi tobillo. Me puse de pie un momento. Me dolía bastante, pero soportaba mi peso. Me tumbé nuevamente y me puse a pensar

en lo que había ocurrido. Había perdido mi espada y me encontraba en un estado bastante malo. En vez de continuar con la aventura bajo estas condiciones, supe que estaba haciendo lo más sabio y seguro alejándome de aquel infierno. Había obtenido el suficiente conocimiento del terreno

y sabía que las condiciones para mis posibilidades serían mejores la próxima vez. De acuerdo...

El cielo se hizo más claro encima mío, los colores y las sombras perdieron algo de su hábito arbitrario y sin rumbo. Las llamas comenzaron a apagarse a mi alrededor. Bien. Las nubes empezaron a encontrar su camino en los cielos. Excelente. Pronto apareció un brillo localizado detrás de un banco de nubes. Estupendo. Cuando desapareciera, una vez más colgaría de los cielos un sol.

Miré hacia atrás y quedé sorprendido al ver que todavía me perseguían. Tal vez se debiera a que no me había encargado adecuadamente de sus análogos en este trozo de Sombra. Nunca es bueno asumir que lo has controlado todo cuando tienes prisa. Así que...

Cambié otra vez. La roca gradualmente alteró su curso, cambió de forma, perdió a sus satélites, y comenzó a avanzar en una línea recta hacia lo que se convertiría en el oeste. Por encima de mí, las nubes se dispersaron y dejaron pasar los rayos de un pálido sol. Empezamos a coger velocidad. Esto eliminaría a mis perseguidores. Con toda certeza me había trasladado a un lugar diferente.

Pero no lo había hecho. Cuando volví a mirar, todavía me perseguían. Cierto, había ganado algo de distancia sobre ellos, pero el grupo continuaba detrás mío.

Bueno, de acuerdo.

Cosas como esta ocurren a veces.

Había dos posibilidades: con mi mente todavía perturbada por todo lo ocurrido, seguramente no lo había hecho de la manera idónea y los arrastré conmigo; o había mantenido una constante cuando debería haber suprimido una variable... esto es, cambiar a otro lugar e inconscientemente necesitar que el elemento de persecución estuviera presente: eran sus dobles de esta Sombra que todavía me perseguían.

Masajeé mi tobillo un poco más. El sol comenzó a brillar en la gama del naranja. Un viento procedente del norte levantó una pantalla de polvo y arena a mi espalda, quitándome al grupo de la vista. Continué velozmente hacia el oeste, donde ahora había crecido una línea de montañas. El tiempo estaba en una fase de distorsión. Sentía mi tobillo un poco mejor.

Descansé un rato, ya que mi roca era razonablemente cómoda. No tenía ningún sentido que me metiera en una carrera infernal cuando todo parecía estar desarrollándose suavemente. Me acomodé con las manos

detrás de mi cabeza, y contemplé cómo se acercaban las montañas. Pensé en Brand y en la torre. Sí, ese era el lugar; todo era exactamente igual que en la visión que él me había dado. Salvo por los guardias, claro. Decidí que atravesaría el trozo de Sombra adecuado, reclutaría una pequeña tropa que me fuera leal, y entonces volvería y les daría un poco de infierno. Sí, y luego todo estaría bien...

Después de un rato me estiré, di la vuelta hasta quedar apoyado en mi estómago y miré atrás. ¡Maldita sea si todavía no me perseguían! Incluso habían ganado algo de terreno.

Naturalmente, me enfurecí. ¡Al demonio con la huida! Estaban pidiendo su merecido, y ya era hora de que lo consiguieran.

Me puse de pie. Mi tobillo estaba mejor, solo un poco entumecido. Alcé los brazos y busqué las sombras que quería. Las encontré.

Lentamente la roca se apartó de su curso recto, trazando un arco, girando hacia la derecha. La curva se estrechó. Giré a través de una parábola y me dirigí hacia ellos, incrementando la velocidad a medida que me acercaba. No tenía tiempo de crear una tormenta a mi espalda, aunque pensé que ése habría sido un buen detalle si hubiera podido hacerlo.

Mientras caía sobre ellos—casi había dos docenas—, con buen sentido comenzaron a dispersarse. Pero algunos no pudieron hacerlo. Realicé otra curva y volví a atacarlos tan pronto como pude.

Quedé sorprendido ante la visión de varios cadáveres que se alzaban en el aire a toda velocidad chorreando sangre.

Unos pocos habían sobrevivido a mi primer ataque y se encaramaban a la roca. Uno de ellos, cerca del borde, lo consiguió y extrajo su espada, abalanzándose sobre mí. Bloqueé su brazo, le quité el arma y lo arrojé lejos de la roca. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de esos espolones en el dorso de sus manos. Me había cortado con uno de ellos.

En aquel momento yo era el blanco de un número de misiles de curiosa forma que venían de abajo, mientras otros dos tipos alcanzaban mi plataforma, dando la impresión de que unos cuantos más podrían llegar a conseguirlo también.

Bueno, incluso Benedict a veces se retira. Al menos les había dado a los supervivientes algo que recordar.

Me olvidé momentáneamente de las sombras y lancé un golpe desde mi costado, cortándole el brazo con que manejaba la espada a un tipo a la vez que le daba una patada en el estómago; me agaché para evitar el corte

que me lanzaba el otro y le di una estocada entre las piernas. Éste también se cayó de la roca.

Había cinco más intentando trepar hasta la plataforma y, nuevamente, navegábamos hacia el oeste; los que quedaban con vida, aproximadamente unos doce, se estaban reagrupando en la arena a mi espalda, con un cielo lleno de tipos chorreantes que flotaban a la deriva por encima de ellos.

Tuve ventaja sobre el siguiente tipo, pues lo cogí a medio camino del borde. Uno menos, solo quedaban cuatro.

Sin embargo, mientras me encargaba de ese, tres más habían logrado trepar, simultáneamente, en tres puntos diferentes.

Me arrojé sobre el más próximo y lo despaché, pero los otros dos consiguieron subir, lanzándose sobre mí mientras mataba al otro. Cuando me defendía de su ataque, el último también lo logró, uniéndose a ellos.

No eran tan buenos, pero el espacio se estaba atestando y había un montón de puntas y bordes afilados que me pasaban por todos lados. Continué parando sus golpes mientras me movía, intentando que se molestaran entre sí con cierto éxito. Cuando pude tenerlos en la posición más idónea para mi ataque, me lancé sobre ellos. Recibí un par de cortes—había abierto mi defensa para poder atacarlos— pero, a cambio de mis dolores, partí un cráneo por la mitad. El tipo al que había matado se cayó por el borde y arrastró a otro con él en una confusión de miembros y armaduras.

Desafortunadamente, el bastardo egoísta se había llevado mi espada en su cráneo roto. Definitivamente era mi día de perder espadas, y me pregunté si mi horóscopo lo habría mencionado si hubiera pensado en mirarlo antes de partir.

De cualquier manera, me moví rápidamente para evitar la estocada del último tipo. Al hacerlo resbalé en un poco de sangre y fui patinando hasta el borde de la roca. Si me caía por ese lado, ésta pasaría como un arado por encima mío, dejando allí mismo a un Random muy aplanado, como una alfombra exótica que intrigara y deleitara a futuros viajeros.

Mientras me deslizaba, busqué con las manos algún asidero, y el tipo dio unos rápidos pasos hacia mí, alzando su espada para darme lo que yo le había dado a su compañero.

Pude agarrarme a su tobillo, consiguiendo frenar agradablemente mi caída... y maldita sea si alguien no eligió ese momento para tratar de ponerse en contacto conmigo a través de los Triunfos.

—¡Estoy ocupado! —grité—. ¡Llama más tarde!

Y mi propio movimiento se vio detenido cuando el tipo perdió el equilibrio con un ruido estruendoso, y cayó de la roca patinando.

Intenté alcanzarlo antes de que cayera para convertirse en otra alfombra, pero no fui lo suficientemente rápido. Había querido salvarlo para interrogarlo. Sin embargo, era más que satisfactorio que yo siguiera vivo. Volví de nuevo hasta el centro de la plataforma para observar y meditar.

Los supervivientes todavía me seguían, pero yo tenía suficiente ventaja. Por el momento no tenía que preocuparme de ningún otro grupo de abordaje. Bien. Una vez más me dirigía hacia las montañas. Estaba empapado de sudor y sangre. Mis heridas me estaban molestando. Estaba sediento. Pronto, pronto, decidí, tendría que llover. Ocúpate de eso antes que de cualquier otra cosa.

Por lo que comencé los actos preliminares para conseguir un cambio en ese sentido: el cielo se oscureció a medida que las nubes crecían, agrupándose.

En algún momento del proceso me perdí, y tuve un sueño inconexo en el cual alguien trataba de entrar en contacto conmigo otra vez, pero sin conseguirlo. Dulce oscuridad.

Desperté a la lluvia, repentina y dura. No podía saber si la oscuridad en el cielo era de la tormenta, la noche, o de ambas. Pero hacía más frío; estiré mi capa y me tumbé allí con la boca abierta. Periódicamente estrujaba la capa para quitarle el agua. Pronto mi sed se vio saciada y comencé a sentirme limpio otra vez. La roca estaba muy resbaladiza, por lo que me daba miedo caminar sobre ella. Las montañas estaban mucho más cerca, con sus cimas bañadas por frecuentes relámpagos. En la otra dirección todo estaba demasiado oscuro como para que pudiera ver si todavía mis perseguidores seguían allí. Era demasiado duro el viaje como para que hubieran podido mantener su persecución, pero muy pocas veces es una buena política basarte en suposiciones cuando viajas a través de la Sombra. Estaba un poco irritado conmigo mismo por haberme dormido, pero como no ocurrió nada malo, me envolví en mi empapada capa y decidí perdonarme. Tanteé en busca de algunos cigarrillos que había traído conmigo y descubrí que la mitad de ellos habían sobrevivido. Después del octavo intento, manipulé lo suficiente la Sombra para conseguir fuego. Entonces me quedé simplemente sentado allí, fumando y con la lluvia cayendo sobre mí. Era una buena sensación, y por unas horas no me moví para cambiar nada.